

Construcción identitaria y ambivalencia en *El Tigre* de Flavio Herrera

Arellys Alfaro Rodríguez*

Recepción: 5 de junio de 2009

Aprobación: 2 de octubre de 2009

Resumen:

Con base en las teorías poscoloniales, este artículo examina la construcción identitaria que efectúa el escritor guatemalteco Flavio Herrera en su novela *El tigre* publicada en 1932. Se argumenta que la representación de los sujetos subalternos efectuada en el texto, a pesar de su ambivalencia, defiende el imaginario letrado de la oligarquía hacendada de la Guatemala de principios del siglo XX.

Palabras clave: Literatura guatemalteca, novela, construcción identitaria, estudios poscoloniales, subalternidad.

Abstract:

Based on postcolonial theories, this article examines the identity construction carried out by Guatemalan writer Flavio Herrera in his novel *El tigre* published in 1932. It is argued that the representation of subaltern subjects in the text, despite his ambivalence, stands up for learned imaginary of landed oligarchy of Guatemala in the early twentieth century.

Keywords: Guatemalan Literature, novel, construction of identity, postcolonial studies, subalternity.

Introducción

Refiriéndose a Guatemala, la crítica¹ ha atribuido el título de “novelistas criollos” a Carlos Wyld Ospina (1891-1956) y a Flavio Herrera (1895-1968)², entendiendo el criollismo como el término que se aglutinó en torno a una noción de patria americana concebida como región, ante la que existía una doble actitud de exaltación y de resentimiento. La primera se produjo a través de una hipervaloración de lo propio, en la que estuvo presente la incorporación de la tradición indígena anterior a la conquista, que se sumó a la europea, con el deseo de construir una tradición propiamente americana. La razón de esta actitud estuvo en una permanente búsqueda de identidad, en la que en muchas ocasiones se presentaron situaciones contradictorias, como el rechazo del indígena contemporáneo y la idealización y mitificación del precolombino. El resentimiento hacia la propia tierra estuvo motivado por una percepción de abandono, de no ser justamente valorados y de ser sistemáticamente excluidos. Al respecto, Adelaida Lorand de Olazagasti afirma que tanto Carlos Wyld Ospina como Flavio Herrera tienen el privilegio de ser los primeros escritores de nuestro siglo que se preocupan por exponer la vida del indio guatemalteco. Sus obras tienen la intención de difundir y despertar el interés, la comprensión y la conciencia de la

* Estudiante de la Maestría en la Enseñanza del Castellano y la Literatura en la Sede de Occidente de la Universidad de Costa Rica [arelysalfro@yahoo.es]

¹ Véase al respecto: Ramón Luis Acevedo. *La novela centroamericana*. Río Piedras, Puerto Rico: Editorial Universitaria, 1982, pp. 273 y siguientes.

² Wyld Ospina es autor, entre otros textos, de *El solar de los Gonzagas*. Guatemala: Tipografía Nacional, 1924; *La Gringa*. Guatemala: Tipografía Nacional, 1935; y *Los lares apagados*. Guatemala: Editorial Universitaria, 1958. Flavio Herrera publicó, entre otros, los siguientes libros: *La tempestad*. Guatemala: Unión Tipográfica, 1935; *Siete pájaros del iris*. Guatemala: Unión Tipográfica, 1936 y *Caos*. Guatemala: Editorial Universitaria, 1949.

sociedad guatemalteca (citado por Arias, 1979: 207). Además, ambos escriben en pleno periodo ubiquista, en medio de la crisis económica mundial. Dentro de este contexto, sostiene Arturo Arias, se refuerzan los prejuicios estereotipados que la oligarquía agroexportadora emplea contra el indio para justificarse a sí misma su explotación en las fincas. El indio es calificado de subhumano, haragán, borracho e inservible. Se quedan entonces los hacendados con la conciencia tranquila al explotarlo en las fincas bajo paupérrimas condiciones. (1979: 213-214).

En *El Tigre* (1932), Flavio Herrera hace visible su ideología arevalista y combina el elemento criollista con la experimentación, lo cual se muestra en los brevísimos capítulos y su forma de fragmentar la historia y entrecortarla para dar paso a otra, en ocasiones completamente distante a la anterior. Su innovación estructural y temática lo ubican dentro de un plano experimental y de ruptura, que lo acerca más a la vanguardia.

En este artículo se analiza la construcción identitaria propuesta por *El Tigre*. Esta consiste en una discursividad ambivalente constituida por una contradicción entre el eje de la exclusión y el de la inclusión. Se estudia la constitución de una otredad que niega la iniciativa histórica de ese sujeto excluido, que es a la vez parte de la nación y se le sitúa fuera de ella.

La negación del otro y la ambivalencia

El Tigre no profundiza en la subjetividad del otro. Antes bien, su deseo representacional se construye como sitio de exclusión. La presencia indígena remite a un telurismo de carácter determinista³ que puede atribuirse a la perspectiva histórica que asume el autor y que es la del terrateniente criollo, en la cual se brinda a los grupos representados el valor de servidores dentro de la hacienda, pero desde un plano meramente estético.

El texto no resalta el contexto espacial (la tierra), sino que su interés es formular un referente humano, pero como otredad funcional a partir de la negación de su iniciativa histórica (*agency*), fenómeno que para Gyan Prakash es el resultado de una perspectiva de élite, anclada tanto en narrativas colonialistas como nacionalistas, puesto que estas narrativas intentaban representar la conciencia y actividad de los subalternos conforme a esquemas que codificaba la dominación de la élite” (1997: 297).

El interés de Flavio Herrera no consiste en “exponer la vida del indio guatemalteco” (Arias, 1979: 216), sino dar a conocer la vida del magnate cafetalero guatemalteco, para cuyos fines es necesaria y justificable la reducción del indio a bajos niveles de deshumanización. Representar la vida del indio guatemalteco constituye una preocupación por mantener al indio en el sitio que ocupa, un modo de vida neofeudal.

Herrera construye un indígena desde una modalidad enunciativa que lo transforma en objeto estético, parte del paisaje tropical. No existe en su textualización una necesidad

³ Ramón Luis Acevedo sostiene que en la novela de Herrera “se presenta a los indios como seres enfermos, ignorantes, brutalizados; pero su condición se atribuye a los factores genéticos y ambientales [...]. El autor simpatiza con el indio y se condele de su miseria, pero su actitud es pesimista, cree que no hay redención posible porque las fuerzas que lo condicionan son insuperables”. (1982: 431).

reivindicativa. Sus indios son seres pacíficos que perpetúan la mentalidad colonial que les asignaron las élites ilustradas de los siglos de dominio español. Se muestra como sujeto débil, maltratado, denigrado por milenios⁴. Herrera no explora los contextos que generaron el racismo y la exclusión; le interesa, por el contrario, textualizar un exhibicionismo racial:

El indio, cadavérico, se desploma sobre una silla, como un fardo, sacudiéndose en un temblor convulso, la boca, la nariz, los oídos, le dan hilos de sangre. (1984: 46).

Refiriéndose a la visión reductiva del imaginario oligárquico guatemalteco respecto al indígena, Rodríguez argumenta que: “se necesita homogenizar el indígena negándole su etnicidad e integrándolo en un concepto esencialista que tiende a reunir dos herencias, ignorando los otros elementos étnicos conformadores de la sociedad” (2003: 87). Estos sujetos marginales y subalternos⁵ considerados los “otros”, vienen a crear un abismo en esta sociedad guatemalteca. Ambos son polos completamente opuestos, no obstante habitantes en la misma sociedad⁶.

Hay en Herrera cierto interés por mostrar la sociedad guatemalteca del siglo XX, pero desde una perspectiva totalizante, es decir, mostrar los diferentes sectores como si en realidad convivieran en un mundo sin conflictos y armonioso⁷. Según Antonio Cornejo Polar, en América Latina se ha intentado eliminar la noción de espacios contradictorios, es decir, puntos de encuentro no conflictivos, para imaginar la nación como algo armónico y coherente. Existe en esta idea de armonía y unión la posibilidad de mostrar una “verdadera nacionalidad”. Para este autor, en América Latina, desde la colonia, se ha presentado un imaginario hegemónico de reconciliación entre lo hispano y lo indígena, con la finalidad de diseñar, bajo el principio de homogeneidad, naciones fragmentadas desde la conquista. De esta manera, se exponen ambos conjuntos como síntesis. Sin embargo, para el teórico, nunca ha existido síntesis ni reconciliación entre ellos, antes bien hay un permanente nivel de contradicción y diversidad. Cornejo Polar visualiza que es la

⁴ Dice *El tigre* sobre el indígena guatemalteco, siguiendo los prejuicios biologicistas del siglo XIX: “Luis quedó meditando en el destino melancólico, en el agujero fatal de esta raza. ¿Raza?... estrangulada, retorcida, aplanada por la fatalidad del medio y la miseria biológica, el indio: homúnculo, abyecto.” (1984: 48).

⁵ El término “subalterno”, recogido de los trabajos de Antonio Gramsci, se refiere a una subordinación en términos de clase, casta, género, raza, lengua y cultura y se utiliza para poner en relieve la centralidad de la relación dominantes/dominados en la historia (Prakash, 1997: 296). El término “subalterno” aparece como creciente frecuencia en investigaciones sobre África, América Latina y Europa, y los análisis de la subalternidad se han convertido en un modo reconocible de erudición crítica en historia, literatura y antropología (1997: 294). Para Guha “el subalterno es, el que por definición no está registrado ni es registrable como sujeto histórico capaz de acción hegemónica (visto, claro, a través de un prisma de los administradores coloniales o de las élites criollas educadas). (Guha citado por Grupo de Estudios Subalternos, 1998: 86).

⁶ El Grupo de Estudios Subalternos expresa que América Latina se ha conceptualizado como un espacio dual (élites metropolitanas /élites criollas), y el estudio de la subalternidad en ella incluye otras dicotomías estructurales. Al ser un espacio de contraposición y colisión, la nación contiene múltiples fracturas de lengua, raza, etnia, género, clase y las tensiones resultantes entre asimilación (debilitamiento de las diferencias étnicas, homogeneización) y confrontación (resistencia pasiva, insurgencia, manifestaciones de protesta, terrorismo). El subalterno aparece entonces como un sujeto “migrante”, tanto en sus propias representaciones culturales como en la naturaleza cambiante de sus pactos con el Estado –nación. (1998:95).

⁷ Cornejo Polar apunta que: “el concepto de mestizaje, pese a su tradición y prestigio es el que falsifica de una manera más drástica la condición de nuestra cultura y literatura. En efecto lo que hace es presentar imágenes armónicas de lo que obviamente es desgajado y beligerante, proponiendo figuraciones que en el fondo solo son pertinentes a quienes convienen imaginar nuestras sociedades como tesoros y nada conflictivos espacios de convivencia (1998: 8).

heterogeneidad cultural el distintivo cultural de las relaciones sociales en el subcontinente, que él conceptúa en tanto *totalidad contradictoria* (1983: 37-50). Exactamente igual a la concepción bajtiniana (Bajtin, 2005: 294-320): voces que se intercalan y comparten, pero no se unen, porque sus puntos de vista son muy diferentes.

Cuando se publica *El tigre* (1935) Guatemala poseía una sociedad donde los indígenas ocupaban la mayoría numérica, y estos sujetos eran entendidos como parte básica de la fuerza de trabajo de la tierra, que era propiedad criolla. Este hecho hace que dentro de la novela se presente a este grupo social como motivo estetizante y no como sujeto social.

Desde el inicio del texto, Herrera representa la sensibilidad delicada de la civilización en yuxtaposición a la barbarie. Dos fuerzas irremediamente opuestas y enemigas, entrelazadas en un conflicto mortal que el yo civilizado perderá ante la fuerza incontrolable de la bestialidad del otro. La constitución biológico- genética y la historia de este sector desde la colonia los ha ubicado en un plano inferior, tanto así, que son considerados como animales.

El licenciado Domínguez. - Caray, caray, caray...
El licenciado Monteros. -¡Yo me casaba con esa india!
Don Juan. -Es la mascota de la finca. (1984: 25).

El sujeto subalterno es presentado por Herrera en una forma ambivalente, este permanece como una presencia recalcitrante en el discurso, a la vez parte de la nación y fuera de ella. Expone la parte negativa de estos sectores con la finalidad de afianzar el imaginario de la clase dominante, en este caso, los hacendados. A este proceso es lo que Homi Bhabha llama renegación⁸, el cual consiste en la negación del otro, con la finalidad de restaurar la presencia original, la pureza racial y la superioridad cultural. Para Homi Bhabha (2002) , el discurso colonialista necesita justificar la existencia del otro, que siendo parecido nunca puede llegar a ser igual o a compararse. Esta postura promueve el deseo de elevar al yo por encima de los otros, y sólo se puede afirmar a través de una negación de la materia, de un rechazo de la experiencia vivida.

Al respecto, Spivak dice que: conocer es someter, asir (*be-greifen*), dominar, reducir a la unidad, objetivar. De allí su afirmación, de que no existe una representación del otro sin “*cathexis*”, esto es, sin una autoprotección discursiva del sujeto que enuncia sobre los sujetos enunciados. Y de allí también su tesis de que no existe un sujeto colonizado que, irrumpiendo desde la exterioridad de las estructuras imperiales, pueda articular su voz a través de la ciencia occidental. (Spivak citada por Castro Gómez, 1997:50).

En *El Tigre* se muestra un escenario donde se representan dramas diferentes, pero interrelacionados, que se disputan la atención y preeminencia; el telón cae abruptamente y las

⁸ Indica Bhabha: “La renegación de la diferencia vuelve al sujeto colonial un inadaptado, una mimesis o “duplicación” grotesca que amenaza con escindir el alma y la piel entera indiferenciada, del yo. El estereotipo no es una simplificación por ser una falsa representación de una realidad dada. (...) Es una simplificación, porque es una forma detenida, fijada, de representación, que, al negar el juego de la diferencia (que la negación a través del Otro permite) constituye un problema para la representación del sujeto en significaciones de relaciones psíquicas y sociales” (2002: 100).

voces de los sujetos subalternos no pueden ser oídas en el estruendo de otras voces más poderosas.

No solo los sectores indígenas son anulados en la novela en cuestión, también resulta interesante el valor que se le da a la mujer, y el lugar que esta ocupa dentro de la sociedad:

Es la criolla triste que crece sufriendo el atisbo del fruto fácil y la pedrea del ojo lascivo. La hembra a la que no se le da ni se le pide amor tras la entrega, se arroja lo mismo que un bagazo de caña a los montones (Herrera, 1984: 33).

Es imposible recuperar la voz de la mujer cuando a ella no le ha sido concedida una posición de sujeto desde la cual hablar. Este argumento parece contradecir la convención historiográfica que propone la recuperación de las historias de los tradicionalmente ignorados: las mujeres, los indios, los campesinos y las minorías. Es necesario reconocer la condición apotérica del silencio de los subalternos a fin de someter la inversión del historiador-crítico a un cuestionamiento sistemático e impedir así la refracción de “lo que puede haber sido el Otro absoluto en Otro domesticado (Prakash, 1997: 309).

El deseo de recuperar la autonomía de los subalternos se frustró reiteradas veces, porque la subalternidad, por definición es la imposibilidad de autonomía. (Prakash, 1997: 297). En otras palabras, los subalternos y la subalternidad no desaparecen en el discurso; aparecen en sus interdicciones, subordinados por estructuras sobre las que ejercen presión (Prakash, 1997: 299).

En la novela, la mujer es vista como sujeto de satisfacción sexual, y no importa en lo más mínimo sus anhelos, sentimientos o emociones. El depredador (dominante) se lanza hacia ella como si fuese una presa, la destroza, la disfruta y luego la bota:

Le asaltaba una confianza efímera y al instante le mordía el deseo imperioso, agudo hasta el orgasmo. ¡Y Alicia no venía! . . . De pronto, por la vereda del río apareció un coágulo de sombra. . . . Era una india alta, silenciosa, fantasmal. . . . Le saltó encima como la pantera en acecho sobre la presa. La tumbó. Hubo un sofoco grotesco. Un desgarrar de telas. Un jadeo epiléptico y así, sin una palabra, la boca contra la boca para apagar todo posible grito, la poseyó. (Herrera, 1984: 90-91).

El trópico enloquece a Luis, lo llena de lujuria y pasión, lo convierte. Es el hombre civilizado, culto, inteligente, recto en su conducta y demás, el que rompe con toda esta estructura social y se comporta como bárbaro y salvaje. Se muestra un nuevo discurso ambivalente, ya no es el otro, el bárbaro, el que realiza estas acciones, sino es el hombre hacendado, rico e inteligente el que supuestamente viene a dominar y a mostrar su educación al bárbaro (al indio, mujer, entre otros). La ambivalencia⁹ para Mabel Moraña “se refiere al modo en que ese objeto de

⁹ Homi Bhabha habla del concepto de ambivalencia central al estereotipo, para él “la fuerza de la ambivalencia es lo que le da al estereotipo colonial su valor: asegura su repetibilidad en coyunturas históricas y discursivas cambiantes; conforma sus estrategias de individualización y marginización; produce ese efecto de verdad probalística y predictibilidad que, para el estereotipo, siempre debe estar en exceso de lo que puede ser probado empíricamente o construido lógicamente. Y sin embargo, la función de la ambivalencia como una de las estrategias discursivas y psíquicas más importantes del poder discriminatorio, ya sea racista, sexista, periférico o metropolitano, queda por cartografiar”. (Bhabha, 2002: 91).

conocimiento es elaborado (tematizado) desde una determinada posición de discurso o lugar de enunciación: la academia, los centros culturales, entre otros, donde la misma ubicación jerárquica del emisor parece eximirlo de la necesidad de legitimar el lugar desde donde se habla. (1998: 220).

En *El tigre* se visualiza la presencia de un juego de identidad, ese sujeto “blanco” y parte de la clase hegemónica se está convirtiendo en el salvaje e irracional. Se opera en el texto una inversión de valores y el héroe se transforma en monstruo. El colonizado aparece así como lo “otro de la razón”, lo cual justifica el ejercicio de un poder disciplinario por parte del colonizador. La maldad, la barbarie y la incontinencia son marcas “identitarias” del colonizado, mientras que la bondad, la civilización y la racionalidad son propias del colonizador (Castro Gómez, 2000: 153). El deseo sexual está asociado con la pérdida de la contención de identidad que se experimenta en medio de la acción violadora hacia un ser indefenso. Al penetrar la carne de la india violada, la identidad de Luis se ve involucrada con la materia servil de la hembra despreciada. Él pierde su contención masculina y queda absorto dentro de los confines del “otro”. La violación es un acto de entrega y de venganza en relación con las demandas de una pasión carnal personificada a través de elementos femeninos. La identidad de Luis queda bifurcada y de esa manera el yo se transforma en el otro, o en verdad en dos otros, en la víctima y en la fiera. Luis, por lo tanto, sí representa la inhabilidad de la civilización de triunfar sobre la barbarie, pero no en relación con el salvajismo que representa su hermano Fernando, sino frente a la fuerza devastadora de la selva que lo obliga a sacrificar su masculinidad dentro del cuerpo victimizado de la india. Cuando Fernando mata a Luis éste ya había dejado de existir como un elemento redentor en la novela, porque se había entregado a la barbarie femenina de la selva.

El comportamiento de Luis se ve alterado por el medio en el cual se encuentra, ya que el trópico y la selva, como lo muestra Herrera, son parte y motivo de esa ambivalencia:

Trópico: ímpetu de la tierra, ineludible tercería de la locura con amor y de la muerte. En la transparencia de todos tus significados yuxtapuestos, se interpreta así tu enigma: trópico, vórtice de pasión, dadiva cósmica. Trópico ansia: ansia de arder. (1984: 139)

[...] bajo el santuario de la selva. Esta selva cuyo abrazo estrangula la vida del hombre de los trópicos. Esta selva que trasuda venenos, esta selva hinchada de misterio, de asechanzas, de combates de exterminio. Entredoramiento continuo. Cataclismo perpetuo. La selva que despierta de nuevo a la anochecida y canta, brama, llora, suspira y se emborracha de locura y de muerte. La selva que él abandonó de niño por los libros y ahora oía, sentía junto a sí, sobre sí, conteniéndolo, abrazándolo, fundiéndolo en ella, aniquilándolo. (1984:89-90)

El contexto natural, el elemento de la selva, el trópico, invade la identidad masculina de Luis y crea en él salvajismo. Luis es la personificación del tigre, "el macho bestial, la pantera que salta sobre la presa". Al respecto Ramón Luis Acevedo expresa que en realidad, el tigre es el trópico mismo, una fuerza misteriosa y elemental que está dentro y fuera de los personajes, en una suerte de misticismo telúrico (1982: 430).

Los conceptos de identidad expuestos exhiben precisamente la inversión dialéctica que ocurre cuando un yo totalitario se define dentro de su propia insularidad para evadir su conexión con un otro a quien considera contaminante¹⁰. Esta es una postura irreduciblemente contradictoria; es el deseo de materializarse en una forma inmaterial, o de afirmarse con base en una negación. El yo, espantado por el peligro de desarticulación que se contiene en el otro, se sustrae del mundo social y termina afirmando nada más que su propia incapacidad de ser. La barbarie triunfa en el momento que un proyecto que intenta definir la civilización lo realiza con base en un mecanismo excluyente. Cuando el yo intenta sustraerse del otro, temiendo la supuesta monstruosidad de éste, el yo queda convertido en el monstruo que él mismo ha engendrado.

Se expone en el texto, la clara ambivalencia de rechazar al otro, sin embargo, ocurre lo contrario, es el sujeto hegemónico quien se aproxima a un mundo “salvaje y bárbaro”. Este proceso es lo que Bhabha señala como mimetismo (2002: 117). Asimismo, se observa la contradicción y el juego de identidad entre el yo y el otro (el civilizado y el salvaje); podemos decir que en *El tigre* se muestra una clara contradicción entre lo que se pretende exponer y lo que en realidad se muestra: el discurso se fragmenta y revela el desdibujamiento del sujeto hegemónico, quien no es tan firme ni culto:

Fernando: ¡Fracasado! Fracasado sí, donde con bondad, con talento, aún con genio, no se llega a ninguna parte; donde medran el cretinismo y el bluff en turbio maridaje; y la mediocridad se entroniza en las profesiones, venidas a sórdidos oficios y viles menesteres y medran tantos gansos trepadores. Fracasado- pensaba- por sensibilidad estética y porque a mí me falta algo que da la integridad vital: ¡Me falta garra!... (Herrera, 1984: 139)

Especie de alegoría maquiavélica de la barbarie, espacio de riesgoso potencial desbordante, que conlleva el peligro de poderse imponer sobre la civilizada fragilidad de un yo moralmente superior, pero físicamente debilitado por la sublimación de fuerzas carnales que, si se mantienen vigentes, le restarían dignidad espiritual.

Conclusiones

La presencia de los sectores subalternos guatemaltecos en *El tigre*, sirve de recurso estético dentro de la obra, son el telón de fondo, elementos decorativos. No hay un acercamiento hacia ellos y lo poco que se muestra se hace a través del ojo del sujeto “blanco”, culto civilizado.

¹⁰ La adquisición de la ciudadanía es un tamiz por el que solo pasarán aquellas personas cuyo perfil se ajuste al tipo de sujeto requerido por el proyecto de la modernidad: varón, blanco, padre de familia, católico, propietario, letrado y heterosexual. Los individuos que no cumplen estos requisitos (mujeres, sirvientes, analfabetos, negros, herejes, esclavos, indios, homosexuales, disidentes) quedarán por fuera de “la ciudad letrada”, recluidos en el ámbito de la ilegalidad, sometidos al castigo y la terapia por parte de la misma ley que los excluye. Crear la identidad del ciudadano moderno en América Latina implicaba generar un contraluz a partir del cual esa identidad pudiera medirse y afirmarse como tal. La construcción del imaginario de la “civilización” exigía necesariamente la producción de su contraparte: el imaginario de la “barbarie” (Castro Gómez, 2000: 151).

Sin embargo, aunque el texto muestra las fracturas de ese sujeto dominante, su posición no es cuestionada, al igual que tampoco se pone en entredicho el lugar del subalterno. No interesa buscar una solución al problema de la integración social del indio con el resto de los habitantes guatemaltecos. En *El tigre*, las relaciones identitarias desarrolladas apuntan a una poética narrativa que niega el reconocimiento de la diferencia.

Bibliografía

- Acevedo, Ramón Luis. 1982. *La novela centroamericana*. Río Piedras: Editorial de la Universidad de Puerto Rico.
- Arias, Arturo. 1979. *Ideologías, literatura y sociedad durante la Revolución Guatemalteca. 1944-1954*. La Habana: Casa de las Américas.
- Bhabha Homi K. 2002. *El lugar de la cultura*. Trad. César Aira. Buenos Aires: Manantial.
- Bajtín, Mijaíl. 2005. *Estética de la creación verbal*. Trad. Tatiana Bubnova. México: Siglo XXI.
- Castro Gómez, Santiago. 1997. "Razón poscolonial y filosofía latinoamericana". *Revista Isla*. 115: 50-71.
- Castro Gómez, Santiago. 2000. "Ciencias sociales, violencia epistémica y el problema de la invención del otro". *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*. Ed. Edgardo Lander. Buenos Aires: CLACSO, 145-161.
- Cornejo Polar, Antonio. 1983. "La literatura peruana: totalidad contradictoria". *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*. 18: 37-50.
- Cornejo Polar, Antonio. 1998. "Mestizaje e hibridez: los riegos de las metáforas. Apuntes". *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*. (47): 7- 11.
- Grupo Latinoamericano de Estudios Subalternos. 1998. "Manifiesto inaugural". *Teorías sin disciplina. Latinoamericanismo, poscolonialidad y globalización en debate*. Ed. Santiago Castro Gómez. México: Editorial Porrúa, 85-100.
- Herrera Flavio. 1984. *El tigre*. Guatemala: Editorial Universitaria de Guatemala.
- Moraña Mabel. 1998. "El boom del subalterno". *Cuadernos Americanos*. I. 67. (enero-febrero): 214-222.
- Prakash, Gyan. 1997. "Los estudios de la subalternidad como crítica poscolonial". *Debates poscoloniales: una introducción a los estudios de la subalternidad*. La Paz, Bolivia: SEPHIS. Ediciones Aruwiyiri, Editorial Historias.
- Rodríguez Cascante, Francisco. 2003. Identidad y modernidad: el discurso del mestizaje en Luis Cardoza y Aragón. *Revista Intercambio*. 2 (enero-diciembre): 79-89.